

Sobre Perlas y Cerdos

“No deís lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos,” (Mat.7:6). Dado el énfasis en los versos anteriores sobre la compasión hacia las faltas de los demás, el lenguaje del Señor aquí puede parecer un poco alarmante. No es como se piensa que Jesús nunca usó metáforas fuertes para describir la actitud espiritual de ciertas personas. Él se refirió a Herodes Antipas como “Id, y decid a aquella zorra” (Luc.13:32) y a los Fariseos como “¡Serpientes, generación de víboras!” (Mat.23:33). Pero este pasaje difiere. A ningún grupo específico de hombres se está dirigiendo como “perros” y “cerdos” o se usa el término para referirse a los Gentiles o a cierta clase de pecadores extraordinariamente reprensibles. Estas expresiones son simplemente figuras en declaraciones proverbiales de acuerdo la forma de 2 Pedro 2:22. Ambos proverbios ilustran la inutilidad de intentar ofrecer algo de gran valor a alguien incapaz de apreciarlo. ¿Qué es lo santo?” Esta expresión se refiere a los sacrificios del Antiguo Testamento de los cuales únicamente los sacerdotes podían comer (Exo.29:33; Lev.2:3). El significado especial de esta comida sagrada es que sería completamente perdida si era lanzada a un perro callejero (pero no de los perrillos que comen migajas de la mesa de sus amos referidos en Mateo 15:26-27), cuyo animal simplemente se la tragaría sin saborearla como una simple pieza de desperdicio podrido. En una forma similar, es inútil tratar de enseñar a los cerdos el valor especial de las perlas a las cuales cualquier cerdo egoísta felizmente pisaría bajo su pie para volver su pisada una más repulsiva a su paso. Ninguna gratitud para tal generosidad debiera ser esperada de estas fuentes. Su repuesta pudiera ser más que indiferente; podría aun ser violenta.

¿Cómo encajan estos proverbios en el contexto de las primeras palabras de Jesús sobre los juicios duros? Ellos proveen de un balance importante. Aun los hombres falibles y pecadores están mal preparados para sentarse al emitir juicios severos sobre sus semejantes, por lo tanto, no se espera que ellos consideren a los hombres con una credulidad ingenua. Al enviar a los Doce a enseñar, Jesús advirtió, “... sed, pues, prudentes como las *serpientes*, y sencillos como palomas” (Mat.10:16). La advertencia del Señor no fue cínica, únicamente prudente. Él quiere que Sus discípulos no sean dañados en su relación con los demás, pero al mismo tiempo, reconozcan que todos los hombres “no tienen fe” y algunos serían agitados a la animosidad por el evangelio.

¿Qué aplicación el Señor planea hacer para nosotros de estos proverbios que parecen casi salirse fuera del contexto? Guelich cree que estas palabras son de advertencia a los discípulos contra la apostasía y la consecuente pérdida de lo que es santo y precioso (*The Sermon on the Mount*, Págs. 355-356). Esto parece poco probable, ya que a los mismos discípulos se les está llamando a no ofrecer cosas santas a los indiferentes. Es mucho más probable que Jesús está advirtiendo a Sus seguidores a no presionar el evangelio sobre los oyentes indiferentes. Sus palabras no tienen la intención

de ser desdeñosas y menospreciativas y no deben aplicarse a los incrédulos como una clase, sino aquellos cuyo espíritu los hace incapaces de comprender el evangelio (Rom.8:7; 1 Cor.2:14). Más tarde, Él da tanto el mismo consejo a los Doce, exhortándolos a predicar a “los dignos”, pero no gastar su tiempo con los que no escucharán (Mat.10:11-14). Tan desagradable como pueda ser, hay algunas personas para quienes no importa cuán pacientemente se les enseñe, simplemente no tendrán “oídos para oír” (Mat.11:15; 13:13-14).

Hay una importante lección para ser aprendida por nosotros en todo esto. Podemos tener una añoranza especial para enseñar y convertir a Cristo a cierta persona o grupo de personas. Puede ser un ser amado o un amigo especial, o aun una clase especial o nación de personas. No hay nada de malo con semejante deseo profundo por la salvación de los demás, pero no debemos cegarnos a su falta de interés e indiferencia y gastar nuestros esfuerzos que serían mejor invertidos en corazones más receptivos. La paciencia es buena, pero no debemos estar siempre bombardeando en un hoyo aparentemente seco. Otros corazones están *deseando* oír. Estos necesitan ser buscados. Es una cosa desgarradora el ser testigo a diario del estado perdido de nuestros propios hijos, padres, esposa, marido, o amigos. ¿Qué vamos a ser cuando a aquellos que amamos son tan indiferentes? El Señor está diciéndonos, “Ve y enseña a alguien más que tus hijos, a alguien más que tu madre o padre”. Pablo tuvo esta amarga experiencia. Él amó a su nación con una pasión absoluta (Rom.9:1-3), pero ellos no tuvieron “oídos para oír” ¿Qué podía hacer él? Aunque todavía oraba por sus hermanos en la carne (Rom.10; 1), él volvió sus energías hacia aquellos cuyos corazones fueron más receptivos, los Gentiles (Hech.13:46-48; 19:6). Los gentiles no eran “su clase de personas”. Los Gentiles eran de una clase de personas moralmente corruptas, degradadas, idólatras; pero estuvieron dispuestos a escuchar y a aprender.

Cuando las personas en nuestra propia comunidad, los cercanos a nosotros, no responden positivamente al evangelio, necesitamos buscar en otras comunidades, a otras personas, y predicarles. El evangelio, y el tiempo, son tan preciosos como para gastarlos en aquellos que no les importa oír. Lo mismo puede ser dicho de predicadores que trabajan año tras año con Iglesias que no muestran ningún interés en crecer en Cristo o cumplir con la gran obra ordenada por Cristo. Estos predicadores necesitan abandonar estos surcos del campo sin esperanza y unirse a trabajar con discípulos, que están abiertos y dispuestos a aprender y crecer.